

Rubio Solar

● *Andrés Sabella*

De súbito, como si los endecasílabos decidieran liberarnos de ciertos libertinajes de palabra, Alberto Rubio nos detiene para que asistamos con él a tan puro acto de poesía: tal nos parecen los diecinueve poemas de "Trances" (Editorial Universitaria), contruidos con aquellas elegancia y seguridad de formas que sólo se logran con el ejercicio largo y el sacrificio gozoso del poeta que no se resigna al acaso, del poeta que vive para castigarse de cualquiera ligereza de voz, celoso por obtener, únicamente, la copa donde beberá, satisfecho, sus visiones y su vino: "Para mí el mundo vive si lo siento,/ nutrido por mi propio sentimiento".

Es el hombre digno al que se le puede confiar la llave que abre la puerta que da hacia "La senda algo estrecha de la poesía" que nos previno Cervantes. Rubio se embriaga de luz, luz de ideas y luz desplegada en el lenguaje. Ello explica el vuelo del sonido, cuando "Tañe lejos el sol", y se escucha un "áureo sonido", mientras juegan, arriba, "azules resplandores" y suena el "mar de las estrellas".

Resucitando las jerarquías del soneto y la canción, este abogado que debe dibujarle flores al papel sellado y que, como juez, juguetea con el platillo de la justicia, colocándole una paloma y una manzana para su equilibrio, prueba que la lectura del Código Civil concluye por enriquecernos, agradeciéndole a don Andrés Bello su lección de gracia en el idioma: Rubio lo escribe, como si la pluma se le poblara de alas.

Su poema "Padre" expone, en vastedad, el fuero y la fuerza del "padre anhelante". Aquí, el humor, vivo en "Zángano" o "Guloso", queda bajo las sílabas dolidas. Poeta de cosas y criaturas de humildad y fábula—un perro, un zancudo— se enaltece en la bizarria de estos versos en trance de "inmensa luz".